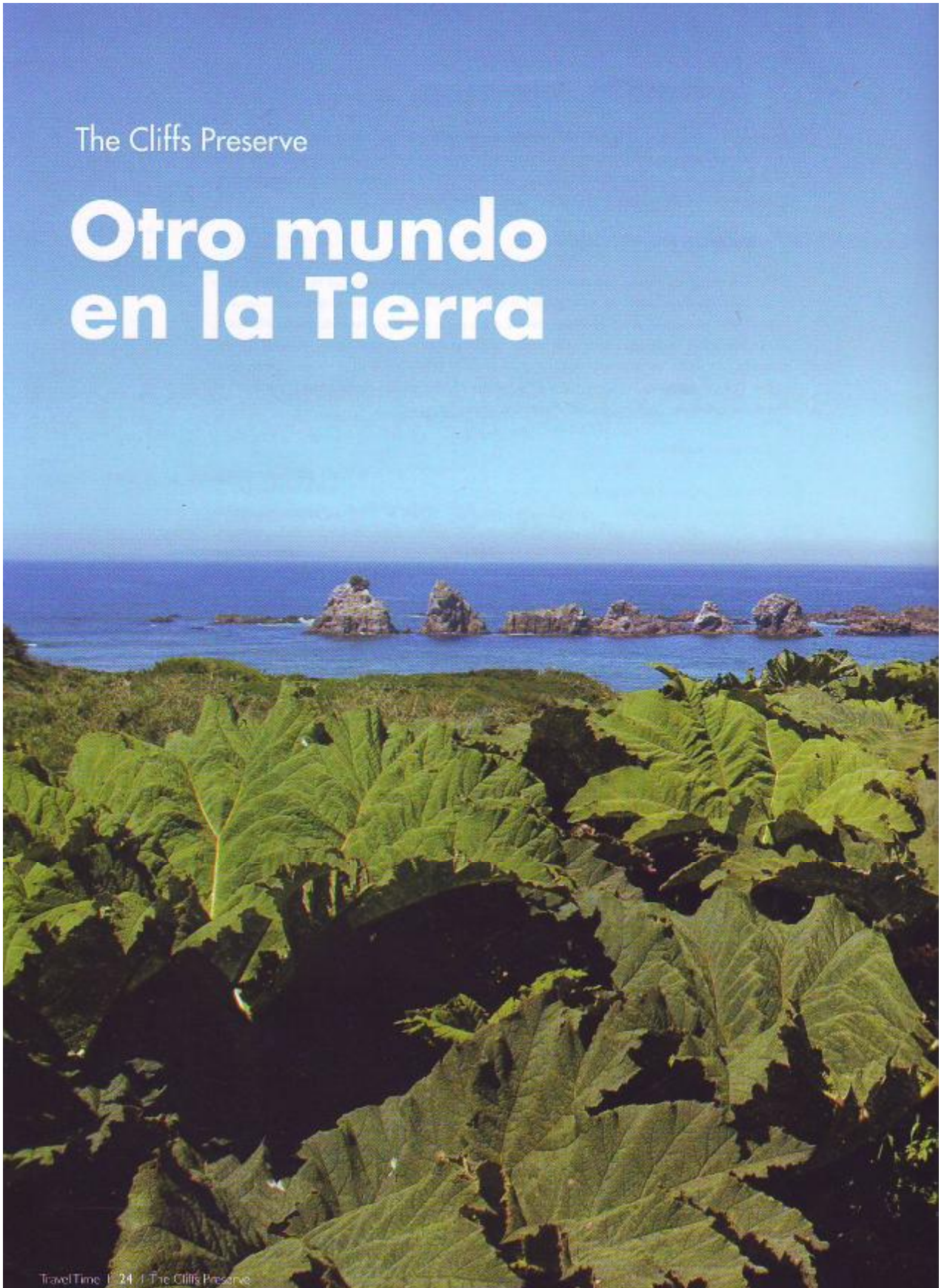


The Cliffs Preserve

Otro mundo en la Tierra

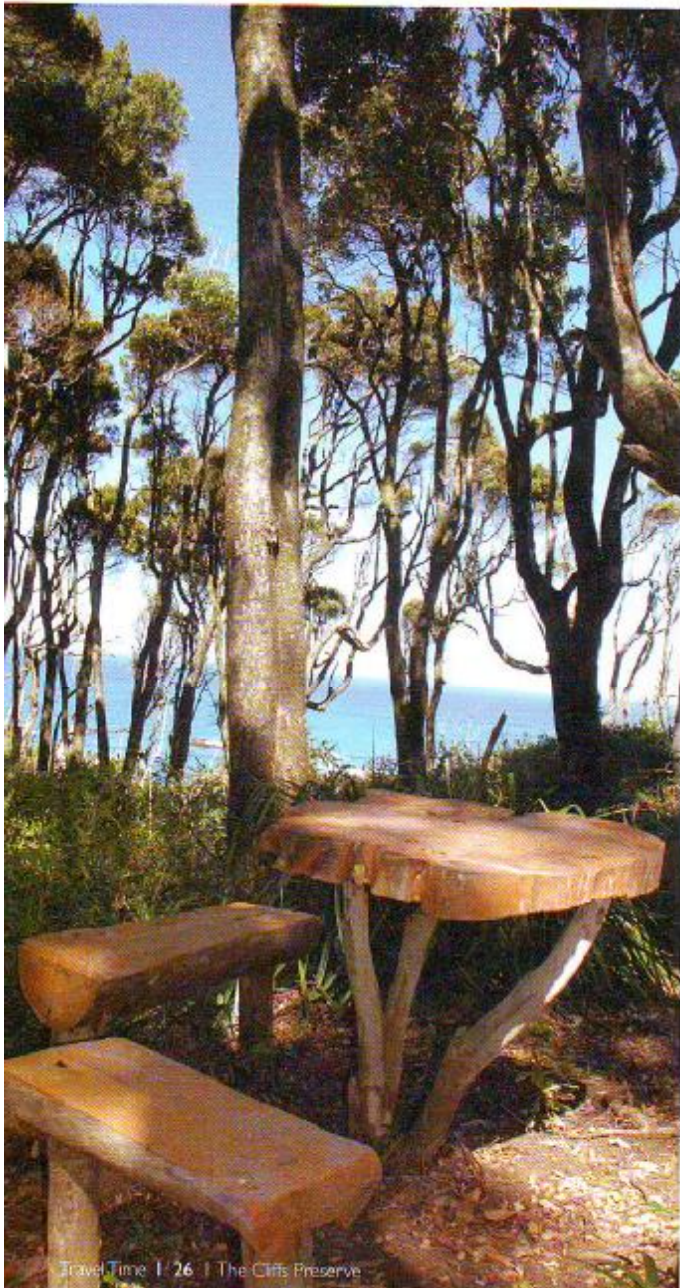


Cuatro mil hectáreas de bosque nativo. Diez kilómetros de costa virgen. Príncipes vacacionando en sus instalaciones. Cabalgatas a orilla del mar, deliciosa gastronomía y profundo descanso para el alma. Esto es The Cliffs Preserve, un lugar mágico allí donde comienza la Patagonia chilena; un mundo reservado para quienes tendrán la fortuna de estrechar la mano de Dios.

Por: Mónica Lowick-Russell desde The Cliffs Preserve

Fotos: Josefina Navas





En la Región de Los Lagos, la costa nunca ha sido protagonista, pero setenta y cinco kilómetros hacia el oeste de Puerto Montt, la tierra se vuelve arena húmeda, el chacai olivillo costero y los cisnes de cuello negro cormoranes de las rocas. Pasando la localidad de Los Muermos, entre las caletas de pescadores Quenuir y Estaquilla se encuentra esta reserva privada, el sueño de Jim Anthony, un norteamericano aficionado a la pesca con mosca que se enamoró de estas tierras australes. The Cliffs Preserve es un refugio ecológico de lujo, rodeado por un bosque milenario tan impenetrable como divino.

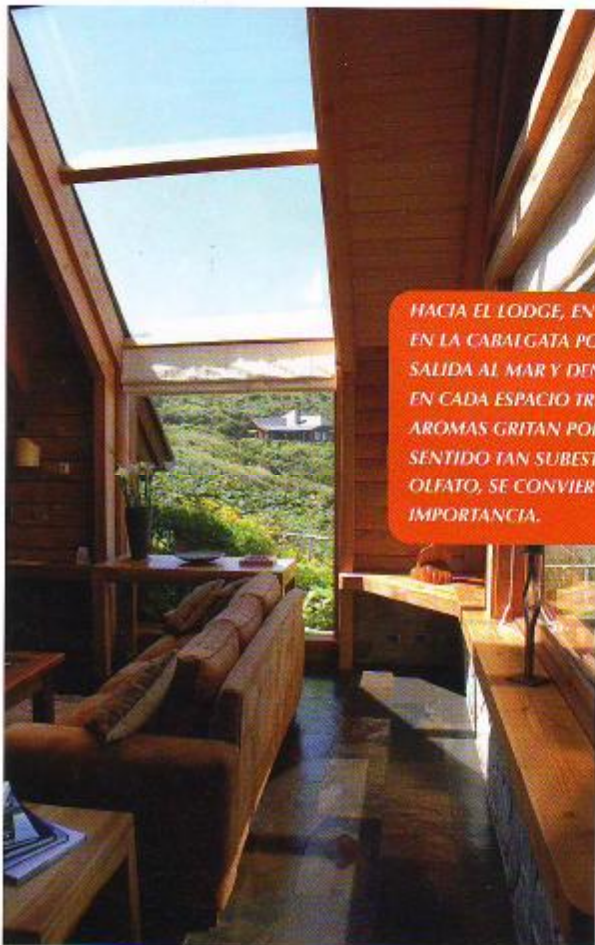
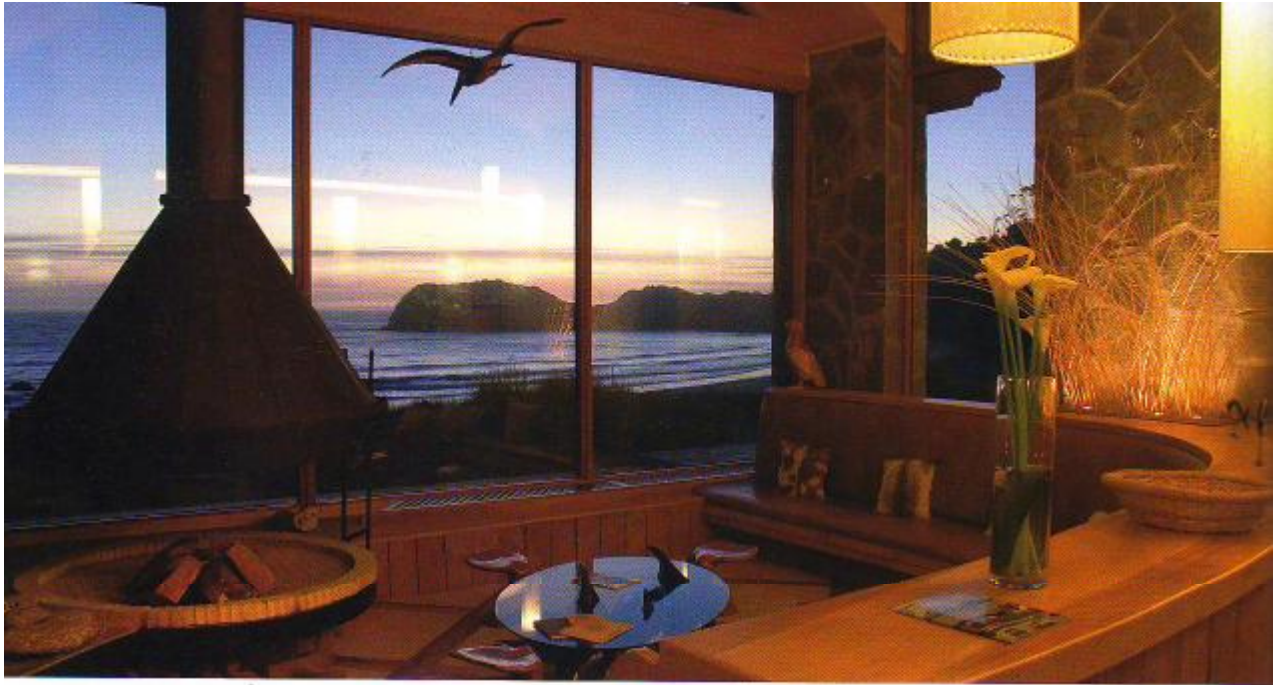
Últimos kilómetros de ripio y pasando una sencilla cerca roja se va asomando el olvidado mar de la Región de Los Lagos. A los costados predominan los miles de árboles siempre verdes y las poderosas hojas de la nalca. El día está hermoso, con el rostro interrumpimos el tránsito del viento costero, mientras el ruido del mar y su vaivén anuncian un añorado descanso. Una vez recorridas las instalaciones la apuesta está en que la experiencia será un regalo para todos los sentidos.

La belleza del mirar

¿Cuántas veces las personas nos detenemos a observar? En el mundo urbano los ojos están condenados a funcionar pragmáticamente, sin tiempo ni espacios para la contemplación. En The Cliffs Preserve, precisamente tiempo y espacios es lo que hay en abundancia.

Partiendo desde el aeropuerto "El Tepual" comienza la aventura austral. Porque aún cuando hablamos de una estadia de lujo, se mantiene en todo momento el contacto con la esencia sureña; la naturaleza y el lento compás de la vida. Probablemente haya sido la mágica ecuación que atrajo incluso a la realeza. El príncipe Alberto II de Mónaco acaba de recibir el 2009 en el exclusivo lodge. La fiesta de año nuevo la celebró con una cena de degustación de productos típicos chilenos, tales como centolla, camarones, salmón, cordero y carne de wayu. Según una de las encargadas de The Cliffs Preserve, la tranquilidad y desconexión que logró el príncipe fue justamente lo que más agradeció en su estadia; eso y los atardeceres, de seguro se enamoró de los atardeceres.

Diez de la noche y en The Cliffs el cielo todavía es azul claro. Como si fuera un mundo aparte, con otras reglas del tiempo. En



HACIA EL LODGE, EN LOS SENDEROS, EN LA CABAIGATA POR LA PLAYA Y LA SALIDA AL MAR Y DENTRO DE LA VILLA. EN CADA ESPACIO TRANSITADO, LOS AROMAS GRITAN POR ATENCIÓN Y ESE SENTIDO TAN SUBESTIMADO, EL DEL OLFATO, SE CONVIERTE EN UNO DE VITAL IMPORTANCIA.

esos días agradecidamente eternos, tomar las pantuflas de alpaca que dejan sobre la cama y sentarse en una terraza de piedra y madera resulta ser el panorama ideal. El mar inmenso titilando, el silencio que nunca es total y unos pajaritos revoloteando a pocos metros. Los ojos descansan y disfrutan de la belleza del mirar.

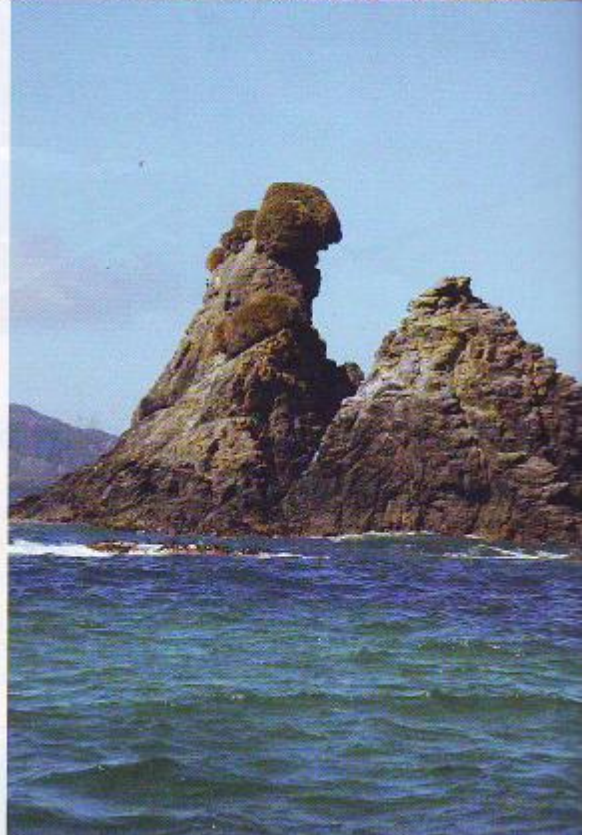
El hermano menor de los sentidos

Luego de un día de paseos, nos recibe uno de los olores más ricos que existe en el campo chileno (y creo que la mayoría estarán de acuerdo) el aroma a pan recién horneado. Sobre la mesa de la cocina nos espera este manjar hecho especialmente para nuestra llegada. Más tarde, el tibio olor a la leña quemada que calienta el agua, anuncia que la tina caliente privada de nuestra Villa está preparada para recibirnos.

Después de cada comida, el mesero pone sobre la mesa un pocillo de greda que contiene distintos tipos de hierbas. Sus olores se mezclan y mientras explica sus beneficios, las tazas se van llenando de pequeñas ramitas que serán la infusión elegida. Es un entretenido juego de aromas y aprendizaje.

¿A qué sabe la felicidad?

Como dice el famoso refrán, "sobre gustos no hay nada escrito", para el paladar corre la misma regla. Pero en la cocina de The Cliffs el fenómeno de la objetividad parece ser más posible. El lodge requiere un mínimo de cuatro días y tres noches de estadía; la idea es que la visita no se convierta en un mero tránsito, si no que sea toda una experiencia. Así, el sistema está pensado para que en cada comida existan dos opciones de entrada, plato de fondo y postre y que estos no se repitan nunca. Este es otro



ansiado juego para el comensal. Sobre cada puesto lo esperará un pergamino donde se presentan los platos de la velada. Pancitos de sésamo, pimentón o alcaparras; Cremas de todos los sabores, Caldillo de congrio de Pablo Neruda, Lomo de congrio dorado en cochayuyo sobre un gratin de papas al queso de cabra y merkén; Acaramelado de manzanas y helado artesanal de vainilla, son algunas de las preparaciones que deleitan e hipnotizan al paladar. Todo en su justa medida para estar listos para la siguiente aventura.

Le toca a usted

Después del viaje para llegar a The Cliffs, un masaje de relajación es el perfecto recibimiento. En el Wellness and Spa, lo esperará esto y mucho más. Baños de vapor y de chocolate en una tina de mármol de una sola pieza, sauna, salas de relajación y fitness. El lugar perfecto para cuidar también al cuerpo.

La magia está en escuchar

El océano no sería lo mismo sin su sonar. Ese añorado rugido que estimula al descanso y a un plácido sueño. El zumbido de los insectos en el bosque y el pío de las aves, infaltables señales de la naturaleza pura. Y el amigable saludo de los anfitriones. La música en el restaurante. Todo se vuelve una melodía de paz imposible de reproducir.

Una última travesía. Vamos de paseo en zodiac, todos se abrigan porque aunque la mañana está despejada, hacia mar adentro el frío es penetrante. Luego de unos minutos contemplando el paisaje, nos vamos acercando a unos roqueríos, el motor del zodiac se apaga y avanzamos lentamente entre las rocas. Sobre ellas descansan cientos de lobos marinos, unos adultos y otros bebés, se calientan bajo el sol o juegan dentro del agua. Más allá unos pingüinos de humboldt recién arribados en su viaje migratorio, salen del agua y comienzan la escalada hasta la cima. Sus cuerpos que parecen torpes, suben ágiles por el empinado peñasco. Sobre nuestras cabezas, cormoranes de roca y lile vuelan acelerados. Todos hacen ruidos, no se molestan, no tienen miedo ni hambre. Están a kilómetros de distancia del hombre y son felices. Eso, lamentablemente, no es sorpresa.

Vivimos hoy en el siglo de las pocas sorpresas. Generaciones acostumbradas a las nuevas tecnologías, la rapidez y el constante movimiento. El viaje a The Cliffs Preserve es una travesía hacia el pasado y es la oportunidad de sorprenderse no de lo nuevo, sino que de lo que ha estado allí siempre, lo natural. Y así se vive en The Cliffs Preserve, un lugar construido por el hombre pero para honrar a la madre tierra.

El día termina y sobre el velador hay una cajita con un chocolate; en el interior se lee: *"There is a place on Earth where if one were any closer to ones creator, you could shake his hand"*. Quizás sea éste ese lugar.

